

ROBERT
MASELLO

**EL AMULETO
DE MEDUSA**

algaida
INTER

Título original: *The Medusa Amulet*

Editado en USA por Bantam Books, un sello editorial de Random House Publishing Group, división de Random House, Inc., Nueva York

Primera edición: 2012

© Robert Masello, 2011

© de la traducción: Ester Molina Sánchez, 2012

© Algaida Editores, 2012

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-803-8

Depósito legal: SE-3.390-2012

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
CAPÍTULO 1	17
CAPÍTULO 2	27
CAPÍTULO 3	43
CAPÍTULO 4	55
CAPÍTULO 5	71
CAPÍTULO 6	81
CAPÍTULO 7	97
CAPÍTULO 8	107
CAPÍTULO 9	121
CAPÍTULO 10	135
CAPÍTULO 11	147
CAPÍTULO 12	161
CAPÍTULO 13	173
CAPÍTULO 14	183
CAPÍTULO 15	197
CAPÍTULO 16	207
CAPÍTULO 17	219
CAPÍTULO 18	245
CAPÍTULO 19	255
CAPÍTULO 20	269
CAPÍTULO 21	285
CAPÍTULO 22	291

CAPÍTULO 23	301
CAPÍTULO 24	315
CAPÍTULO 25	337
CAPÍTULO 26	343
CAPÍTULO 27	355
CAPÍTULO 28	375
CAPÍTULO 29	379
CAPÍTULO 30	391
CAPÍTULO 31	403
CAPÍTULO 32	411
CAPÍTULO 33	419
CAPÍTULO 34	449
CAPÍTULO 35	455
CAPÍTULO 36	463
CAPÍTULO 37	475
CAPÍTULO 38	485
CAPÍTULO 39	491
CAPÍTULO 40	499
CAPÍTULO 41	505
CAPÍTULO 42	511
CAPÍTULO 43	521
CAPÍTULO 44	529
CAPÍTULO 45	533
CAPÍTULO 46	545
CAPÍTULO 47	553
CAPÍTULO 48	559
AGRADECIMIENTOS	565

*A la memoria de mis padres,
Tom y Sonia*

PRÓLOGO



[De *La chiave alla vita eterna* «La llave a la vida eterna» impreso en Florencia, Italia, c. 1534. Atribuido a Benvenuto Cellini. Regalo anónimo donado a la colección permanente de la biblioteca de Newberry, 60 W. Walton Street, Chicago, Illinois].

AVENTURARSE EN EL COLISEO DE NOCHE NO ESTÁ HECHO para los débiles de corazón, y al seguir el ejemplo y la estela del doctor Strozzi me pregunté si no había hecho uso de mi fortuna imprudentemente. Aunque el viejo era culto, no pude hacer otra cosa que mirar su mano temblorosa al acercarse al gran estadio centenario.

Abandonado desde bien atrás en el tiempo y con bastante necesidad de una reparación, estaba rodeado de corrales, establos y campos cercados que albergaron en su tiempo a los leones y cocodrilos, toros y tigres, elefantes y leopardos, que se traían de todos los rincones del Imperio para enfrentarlos en la arena. Miles de ellos, ya se ha dicho, eran masacrados en un solo día de espectáculo.

Y hombres también, claro. Mientras el doctor Strozzi pasaba con el farol por delante de los cuarteles del Ludus Magnus,

donde se entrenaban los gladiadores, pude detectar el mismo aroma a sudor, piel y hierro.

Pero, como todo joven con talento y diligencia, no permití que el miedo y la superstición me bloquearan el paso. A la espalda llevaba el saco de lona con todos los ingredientes necesarios para la tarea profana que nos esperaba. Preparado para aquella noche, el doctor Strozzi, un hombre cuyas habilidades en la nigromancia eran famosas desde Palermo hasta Madrid, llevaba puesta la túnica de un difunto fraile franciscano, y yo, la ropa de un asesino ahorcado en un cruce de caminos a las afueras de la ciudad.

—Para invocar a los muertos —me había informado el doctor Strozzi—, hay que ser *grazioso* en todos los sentidos. Tenemos que adoptar el olor de la putrefacción.

Con ese fin llevábamos sin bañarnos nueve días, y sin comer sal tampoco, porque era un conservante. Nuestra carne era de perro, el compañero de Hécate, diosa de la oscuridad de la luna. Tampoco habíamos tenido ningún encuentro carnal. Como yo le dije al doctor Strozzi en respuesta a su advertencia sobre la materia, ¿quién iba a aceptarme con tal moda?

Por respeto a los espíritus que esperábamos convocar aquella noche, entramos al Coliseo por la puerta del Emperador. Hacía ya mucho tiempo que habían robado las abrazaderas de bronce que mantenían el mármol en su sitio, y saqueado el propio mármol por la cal viva que se sacaba de él. Como artesano, sentí la pérdida de dicha obra habilidosa. El mundo, como suelo decir, está lleno de bárbaros.

Con la amenaza de la pronta lluvia, no dudamos una vez dentro. Bajo la mirada de los dioses ancestrales, cuyas estatuas rotas dirigían su mirada hacia nosotros desde cada columna, bajamos hasta el hipogeo, el laberinto de túneles, rampas y escaleras oculto hacía ya tiempo por la tierra y el albero del suelo

de la arena. Ahora, el laberinto estaba expuesto al aire libre, y justo en el centro había una celda donde parte del tejado aún podía proporcionar algún cobijo de la tormenta que se avecinaba. De las paredes colgaban grilletes oxidados, y un poste de azotes me sirvió de gancho para colgar el saco.

Moviéndose siempre hacia la izquierda, ya que es la dirección de lo oculto, el anciano hechicero hizo un círculo con tiza en la tierra y lo marcó con los símbolos de la tierra, el aire, el fuego y el agua; eso mantendría a los demonios y espíritus alejados. Mientras él hacía eso, yo preparaba el fuego con las astillas que llevábamos en el saco. Cuando el doctor Strozzi terminó, me dijo que alimentara las llamas con las hierbas que también había traído: mirto, salvia y asa fétida. La madera estaba empapada en alquitrán, y entre eso y el hedor de las hierbas pensé que iba a perder el sentido en cualquier momento. Me lloraban los ojos, me ardían los orificios nasales, y las chispas que saltaban del fuego amenazaron más de una vez con quemar la túnica mugrienta que llevaba puesta.

Pero justo al emitir el doctor sus conjuros y salpicar las gotas de lluvia en las piedras que nos rodeaban, bajé la cabeza y realicé mis invocaciones. A pesar de su reputación, me temía que el doctor no iba a tener éxito. Sus intenciones eran impuras. Buscaba a los muertos únicamente para preguntarles en qué lugar de la Tierra yacían ocultos grandes tesoros, mientras que yo los buscaba para comprender los entresijos del genio y así poder alcanzar la inmortalidad. Y así ocurrió; cuando la noche se consumía y las súplicas del doctor no daban resultado, las mías sí lo hicieron... en forma de figura pálida, titilante como una fina vela, justo tras los límites de nuestro círculo.

El doctor Strozzi, al verlo, cayó al suelo desvanecido, pero mi propia determinación no hizo más que verse reforzada. Esa figura, con su enorme nariz, barbilla afilada y ojos mar-

cados, era el mismísimo espíritu que yo quería convocar. Era el espectro del mayor poeta que el mundo ha conocido jamás, un florentino de nacimiento como yo —aunque él había negado serlo de carácter—; era Dante Alighieri.

—Yo te honro —dije.

—¿Y aun así me perturbas? ¿Es que soy acaso tu perro?

Busqué las palabras adecuadas para explicarme, pero el espíritu simplemente se apartó arrastrando la mortaja por las piedras mojadas.

—Sé lo que buscas —dijo.

Armado únicamente con la espada que llevaba en el costado, salí del círculo y lo seguí. Pero el camino se volvió confuso en poco tiempo, y sentí cómo me adentraba más en la tierra, bajo el mismo Coliseo, en otra región distinta. Allí, aunque no debería haber nada de luz, había otro cielo con masas de nubes que parecían brasas de carbón, y una luna de color amarillo del tono de un diente picado. El espectro me llevó hasta tierra firme, pero que crujía bajo mis botas como corteza de pan. El viento traía voces que murmuraban y se lamentaban, pero no vi a nadie más que a mi guía sigiloso. Al final de un montículo se detuvo y, señalando con un delgado dedo hacia un hueco pantanoso, dijo:

—Allí. Coge el agua si puedes.

Bajo un saliente rocoso vi una charca verde rodeada por todos los lados de juncos que se mecían al son del cálido viento. Y aunque yo no llevaba ninguna taza ni ningún cuenco, pensé que lo que querría decir era que bebiera. Y así descendí hasta estar entre los juncos que iban y venían mecidos por el viento. Cuando trataba de apartarlos, se desvanecían, y cuando no hacía nada, se me pegaban a la ropa y me obstruían el camino, así que amontoné unos bloques de piedra. O eso creía que eran. Cuando los inspeccioné de cerca me di

cuenta de que, en algún momento, habían tenido forma humana, ahora de piedra, con los brazos aún elevados y la cara desfigurada del horror. Agarré con firmeza la empuñadura de mi espada; no había llegado tan lejos para volverme en aquel momento.

Adentrándome en la charca, ahuequé la mano para beber del agua, pero cuando lo intentaba, parecía echarse para atrás. Metí la mano más abajo y de nuevo el agua retrocedió. «Entonces meto la cara sin más —pensé—, y bebo lo que pueda». Pero mis labios fueron menos que un palmo de la superficie cuando vi un rostro reflejado. Los ojos resplandecientes tenían forma de almendras y el pelo estaba compuesto por serpientes que se retorcían. Las oí emitir su reconocible silbido y supe que la gorgona, cuya mirada puede convertir a un hombre en piedra, estaba agazapada en el saliente que tenía encima. Desenvainé la espada y, observando la imagen en el agua, la vi saltar de la roca. Giré la espada y ensarté a la criatura por el pecho escamoso.

Pero no fue un golpe mortal y, mientras apartaba la vista, le aguanté la cabeza debajo del agua. Las diminutas serpientes me mordían las manos y, cuando no pude aguantarlo más, le levanté la cabeza lo suficiente como para rebanarle el cuello como si de un tocón de madera se tratara. Me quedé con ella en la mano como un melón recién cortado.

Todavía hoy no sé decir cómo escapé de aquel lugar. Mi guía se había ido pero mis botas, medio llenas del agua de la charca, retrocedieron sobre sus pasos hasta el suelo del Coliseo. Ayuda divina sé que no hubo ninguna, no en un lugar como aquel. Volviendo al círculo, eché los palos que quedaban en el fuego y dejé que el doctor Strozzi descansara tranquilo, con el bigote ondeando en el aire y moviendo las extremidades en medio de un sueño.

Pasaron muchas horas hasta el amanecer durante las cuales estuve alerta, pero al romper el día, el doctor Strozzi se despertó frotándose los ojos y dijo:

—Mis recuerdos están borrosos.

—Los míos también —respondí.

De hecho, me dolía la cabeza como si me hubiera bebido un barril de vino.

—¿Invocamos a los muertos?

Dos cuervos se posaron graznando en un charco de barro.

—Y, ¿qué hay en la bolsa? —dijo señalando al saco que se balanceaba en el poste de azotes.

Había goteado agua del fondo, y el césped de debajo se había marchitado y había muerto.

Cuando de nuevo no contesté, el doctor dijo:

—Cualquiera que sea el premio, prometo que recibirás tu parte.

Pero aquel no era un tesoro que se pudiera dividir como las monedas y, cuando Strozzi vio que no estaba por la labor, se entretuvo inteligentemente con otras cosas. El trofeo era mío y ningún hombre me lo arrebataría jamás.

[Traducido por David L. Franco, doctor director de Adquisiciones. Colecciones de la biblioteca Newberry, Chicago, Illinois. Todos los derechos reservados].

CAPÍTULO 1



CHICAGO
PRESENTE

MIENTRAS LOS INVITADOS IBAN TOMANDO ASIENTO, David Franco sintió esa oleada de ansiedad que notaba cada vez que tenía que dar algún tipo de discurso. Había leído en algún sitio que uno de los miedos más comunes resultaba hablar en público, pero eso no le era de mucha ayuda en aquel momento. Echó un vistazo a sus notas por enésima vez, se dijo a sí mismo que no había nada por lo que estar nervioso y se volvió a ajustar la corbata.

La sala —el salón de exposiciones de la biblioteca Newberry— la habían decorado con mucho gusto para el evento. Había vitrinas iluminadas con los manuscritos más insólitos de la colección de la biblioteca, y un conjunto clásico con instrumentos antiguos acababa de parar de tocar. Al fondo del salón había un atril con monitor sobre una tarima.

—Que empiece la función —le susurró al oído la doctora Armbruster.

Era la maternal administradora jefe; iba vestida con sus típicas falda y chaqueta grises, pero las había animado para la

ocasión con un broche en forma de libro abierto decorado con estrás. Se dirigió con diligencia hacia el atril y dio la bienvenida a todos al evento.

—Y gracias, especialmente —añadió—, por haber venido en un día tan frío.

Se oyó un murmullo de agradecimiento seguido de algún que otro carraspeo y el ruido de las sillas al sentarse las treinta o cuarenta personas presentes. La mayoría eran de mediana edad o mayores, adinerados y amantes de los libros de éxito y amigos de la biblioteca. Los hombres tenían, casi todos, el pelo canoso y llevaban pajarita, trajes de *tweed* y pantalones de franela; sus esposas llevaban perlas y bolsos de Ferragamo. Aquel era el dinero del viejo Chicago, de la Costa Dorada y de los barrios residenciales de las afueras, en la orilla norte, junto con algún que otro académico del noroeste y Loyola. Los profesores eran los que llevaban pantalones y chaquetas de pana arrugados. Después serían los primeros en atacar el bufé; David había aprendido a no interponerse nunca entre un profesor de universidad y una albóndiga sueca.

—Y en nombre de la Newberry —decía la doctora Armbruster—, uno de los emblemas de Chicago desde 1883, quiero agradecerles a todos su apoyo constante. Sin su generosidad, no sé qué haríamos. Como saben, somos una institución privada y dependemos de nuestros amigos y colegas para mantener la biblioteca en todos los sentidos, desde la adquisición de material nuevo hasta, bueno, simplemente pagar la factura de la luz.

Un anciano bromista de la primera fila levantó un talonario y se oyeron unas risas educadas.

—Puede guardar eso por el momento —dijo la doctora Armbruster—, pero téngalo a mano.

David cambiaba el peso de un pie al otro esperando nervioso su momento.

—Sé que la mayoría de ustedes conoce a David Franco, que no es solo nuestro miembro más joven, sino también el más diligente. Licenciado summa cum laude por la Universidad de Amhrest, David consiguió una beca Fulbright para Italia, donde estudió el arte y la literatura renacentistas en la Villa I Tatti. Hace poco, ha completado el doctorado en nuestra Universidad de Chicago, y todo esto —dijo volviéndose a David— antes de, ¿qué edad? ¿Treinta?

Muy ruborizado, David dijo:

—No exactamente, cumplí treinta y uno el viernes pasado.

—Oh, vaya, en ese caso —dijo la doctora Armbruster volviéndose de nuevo a la audiencia— debería darse prisa.

Hubo una gran oleada de risas.

—Pero como pueden ver —prosiguió—, cuando recibimos, como regalo anónimo, la copia 1534 de la *Divina comedia* de Dante, impresa en Florencia, supimos que había una única persona a la que entregársela. David ha supervisado la restauración física —no imaginarían nunca cómo estaba la cubierta cuando lo adquirimos— y también ha introducido el texto completo y las numerosas ilustraciones en nuestro archivo digital. De esta manera, estarán accesibles para estudiosos e investigadores de todo el mundo. Hoy nos va a enseñar algunas de las imágenes más bellas e intrigantes del libro y creo que también —dijo mirando a David de modo alentador— nos hará un breve recorrido por la imaginería de la naturaleza en el poema.

David asintió y el estómago le dio un vuelco repentino cuando la doctora Armbruster se apartó del micrófono.

—David, es todo tuyo.

Se produjo un aplauso comedido mientras David subía un poco el micrófono, desplegaba sus papeles sobre el atril, le

daba un sorbo al vaso de agua que habían puesto para él y dio las gracias a todos, otra vez, por haber venido. Le salió la voz tensa y elevada. Luego dijo algo sobre el frío que hacía afuera, antes de recordar que su jefa ya lo había comentado. Miró la sala llena de caras expectantes, se aclaró la garganta y decidió dejar la charlita e ir directamente a su discurso.

Al hacerlo, las luces se apagaron y, a su derecha, se desplegó una pantalla.

—Dante, como deben saber, tituló originalmente su libro *La comedia de Dante Alighieri, un florentino de nacimiento pero no de carácter*. El título *Divina comedia* vino después, cuando el libro se empezó a considerar una obra maestra. Es una obra que puede ser abordada de mil maneras distintas, y así se ha hecho durante siglos —dijo, ganando fuerza en la voz una vez en terreno firme y conocido—. Pero hoy nos vamos a centrar en la imaginería del poema relacionada con la naturaleza. Y esta edición florentina donada recientemente a la colección Newberry, y que creo que la mayoría habrá podido ver en la vitrina central, es una forma especialmente acertada de hacerlo.

Tocó un botón en el panel electrónico del atril y la primera imagen —un grabado de un tupido bosque con una figura solitaria con la cabeza inclinada adentrándose en un sendero angosto— apareció en la pantalla. «A mitad del camino de la vida, en una selva oscura me encontraba porque mi ruta había extraviado». Levantó la mirada y dijo:

—Con la posible excepción de *El cochecito leré*, no hay otro verso más famoso y más fácil de identificar que este. Y se darán cuenta de que, justo aquí, al comienzo del poema épico que sigue, tenemos una visión del mundo natural tanto realista —Dante pasó una noche horrible en aquel bosque— como metafórica.

Mirando al grabado, explicó con más detalle algunas de sus características más notables, incluyendo los animales que animaban el borde: un leopardo moteado, un león y un lobo que merodeaba con las fauces abiertas.

—Al verse ante estas criaturas, Dante pone pies en polvorosa y corre hasta que se topa con una figura, que por supuesto resulta ser el poeta romano Virgilio, y le ofrece ser su guía: «Y he de llevarte por lugar eterno, donde oirás el aullar desesperado, verás, dolientes, las antiguas sombras, gritando todas la segunda muerte».

Apareció otra imagen en la pantalla, de un río amplio, Aqueronte, con la muchedumbre de los muertos apiñados en las orillas y, en primer plano, un Caronte envuelto en ropajes señalando con un dedo huesudo hacia una gran barca. Era una imagen especialmente buena y David vio varias cabezas asintiendo con interés y un leve murmullo de comentarios. Ya se había imaginado que ocurriría. Aquella edición de la *Divina comedia* era una de las más impactantes que había visto y había convertido en su misión particular descifrar quién fue el ilustrador. Las páginas del título del libro habían sufrido tantos daños por el agua y el humo que no se podía identificar ningún nombre. El libro también debía de haber sido tratado de manera intensa por el moho y muchas de las ilustraciones tenían manchas imposibles de borrar de color verde y azul y el tamaño de la goma de un lápiz.

Pero para David, aquellas imperfecciones y signos de la edad hacían que los libros y manuscritos que estudiaba fueran aún más valiosos y enigmáticos. El simple hecho de que aquel libro, de casi quinientos años de antigüedad, hubiera pasado por tantas manos desconocidas y tantos lugares distintos sencillamente le daba un aire de misterio y grandeza. Cuando lo sostenía en las manos, se sentía conectado a esa cadena de lec-

tores de los que no había constancia y que ya habían pasado antes las mismas páginas... quizás en un *palazzo* de la Toscana, una buhardilla de París o en una casa solariega de Inglaterra. Todo lo que sabía del origen del libro era que fue donado a la Newberry por un coleccionista local que quería asegurarse de que fuera correctamente restaurado y estudiado, y que sus tesoros se pusieran al alcance de todos. David se había sentido honrado de que se le confiara tal tarea.

A medida que hablaba, se sentía no solo más relajado, sino también muy entusiasmado por la oportunidad de compartir algunos de los descubrimientos que había hecho sobre la metodología que Dante había empleado en el uso de la imaginación de la naturaleza. El poeta, a menudo, incluía animales en los textos, pero también hacía un uso regular del sol (un planeta, según el sistema ptolemaico del tiempo) y las estrellas, el mar, las hojas de los árboles o la nieve. Aunque la sala estaba muy poco iluminada, David se esforzaba por mantener el contacto visual con la audiencia mientras aclaraba estos puntos y, en mitad de todo esto, se fijó en una mujer vestida entera de negro, con un gorrito negro y un velo sobre la cara, que entró en la sala y se sentó cerca de la puerta. El velo fue lo que le llamó la atención. ¿Quién seguía llevando ese tipo de cosas, ni siquiera de luto? Por un momento, perdió el hilo de lo que estaba diciendo y tuvo que bajar la cabeza para echar un vistazo a las notas y recordar por dónde iba.

—El significado que Dante le concede a estos elementos naturales cambia según pasamos del «Infierno» al «Purgatorio» y al «Paraíso».

Prosiguió con su tesis, pero desviaba la mirada de vez en cuando a la misteriosa mujer del fondo y, por alguna razón, se le ocurrió que podía ser quien había donado el libro, y que estaba allí para ver qué había sido de él. A medida que iban

pasando las imágenes en la pantalla que tenía a su derecha, David se encontró comentándolas como si estuviera hablando, principalmente, para la señora oculta bajo el velo. Estaba completamente quieta, con las manos juntas sobre el regazo y las piernas enfundadas en medias negras, y a David le resultaba imposible imaginarse nada sobre ella... en concreto, su edad. Había momentos en los que pensaba que tenía unos veinte años, y que iba vestida para una fiesta de disfraces siniestros, y otras veces en las que sospechaba que era una mujer más madura, sentada de manera remilgada en el borde de la silla.

Cuando hubo enseñado la última ilustración —un torbellino de hojas que contenían las profecías de la sibila de Cumas— y dado por terminada la conferencia con la invocación final de Dante al amor, «aquel que mueve el sol y las estrellas», estaba decidido a presentarse. Pero cuando se encendieron las luces de la sala, un montón de manos se levantaron para hacer preguntas.

—¿Cómo lo hará para determinar el ilustrador de este volumen? ¿Tiene ya alguna pista?

—¿Fue Florencia un foco de publicaciones tan promi-
nente como lo fueron Pisa o Venecia?

Y de un académico del fondo:

—¿Qué tiene que decir del comentario de Ruskin acerca del fluir de conciencia fundamental de la falacia patética en lo que a la *Comedia* respecta?

David hizo todo lo que pudo para sortear las preguntas, pero también sabía que había estado hablando durante una hora y que la mayoría de la audiencia estaría deseando levantarse, estirarse y beber algo más. En el vestíbulo que había justo al salir de la sala de exposiciones, veía a los camareros con corbata negra sosteniendo bandejas plateadas con copas de

champán. Llegaba el olor de los aperitivos calientes por la calefacción central.

Cuando, finalmente, bajó de la tarima, algunos miembros de la audiencia le estrecharon la mano, varios de los caballeros más mayores le dieron una palmada en la espalda y la doctora Armbruster le dedicó una sonrisa radiante. Sabía que la doctora esperaba que lo bordara y tenía la sensación de que lo había hecho. Aparte de la ansiedad del principio, no se había saltado nada.

Pero lo que realmente quería hacer era encontrar a la mujer de negro, que parecía haber salido ya de la sala de exposiciones. En el vestíbulo habían puesto largas mesas de caballete con manteles de damasco y fuentes plateadas. Los profesores ya estaban en fila, codera con codera, con su pila de platitos.

Pero no veía a la mujer de negro por ningún lado.

—David —le dijo la doctora Armbruster cogiéndolo del codo para llevarlo frente a una pareja elegante y mayor con sus copas de champán—, no sé si conoces a los Schillinger. Joseph también es un hombre de Amherst.

—Pero mucho antes que usted —dijo Schillinger dándole un firme apretón de manos.

Era como una vieja grúa elevada y tenía la nariz afilada y el pelo blanco.

—Me ha gustado mucho su charla.

—Gracias.

—Y me encantaría estar al tanto de su trabajo con el libro. Viví en Europa bastante tiempo y...

—Joseph está siendo modesto —interrumpió la doctora Armbruster—. Fue nuestro embajador en Liechtenstein.

—Y comencé mi propia colección de pinturas de los antiguos maestros. Aun así, no he visto nunca nada igual. Las

versiones de los círculos del infierno son especialmente macabras, por decirlo de manera sutil.

David nunca se dejaba impresionar por los credenciales ni los antecedentes de la gente que conocía en los actos de la Newberry, y estuvo todo lo concentrado y educado que pudo con los Schillinger. El exembajador incluso le dio su tarjeta y le ofreció ayudarlo en la investigación todo lo que pudiera.

—Cuando se trata de tener acceso a archivos privados y cosas así —dijo— todavía puedo mover algunos hilos.

Pero durante todo el tiempo que estuvieron hablando, David se mantenía alerta en busca de la mujer de negro y, cuando por fin se pudo liberar, se volvió a encontrar a la doctora Armbruster y le preguntó si sabía dónde podría haber ido o quién podría ser.

—¿Dices que vino en mitad de tu charla?

—Sí, y se sentó al fondo.

—Vaya, pues entonces no la he podido ver; estaba supervisando la comida.

Pasó un camarero con una bandeja plateada en la que quedaba un único aperitivo de queso.

—Me pregunto si habrá suficiente —dijo, antes de excusarse—. Esos profesores comen por cuatro.

David dio unos cuantos apretones de manos más, eludió unas cuantas preguntas y, cuando los últimos invitados se estaban yendo, se escabulló por una escalera trasera hasta su despacho, un cuchitril atestado de libros y papeles, y colgó la chaqueta y la corbata detrás de la puerta. Las tenía allí para esas ocasiones puntuales, como aquella conferencia, para las que tenía que disfrazarse. Luego cogió el abrigo y los guantes y salió por una puerta lateral.

El exembajador Schillinger y su esposa estaban entrando en la parte trasera de un BMW Sedán negro mientras un chófer

calvo y fornido les sujetaba la puerta. Un par de profesores en plena conversación estaban aún en corro junto a las escaleras. Lo último que quería David era que le vieran y se les ocurriera alguna otra pregunta críptica, así que se puso la capucha del abrigo y se fue andando por el parque.

Conocido como *Bughouse Square*, o «plaza de los chiflados», debido a su atractivo para los oradores públicos, el parque estaba desierto en aquel momento, lo cual era comprensible. El cielo a última hora de la tarde era de un color gris peltre y el viento casi se llevaba por delante los bastones de caramelo falsos que había en las farolas. Las Navidades estaban a la vuelta de la esquina y David todavía tenía que hacer las compras. No es que tuviera mucho que hacer; estaban su hermana, el marido, su sobrina y listo. Su novia Linda se había ido hacía un mes. Por lo menos, tenía un regalo menos del que preocuparse.

Después de cruzar Oak Street, fue hacia al norte por Division y, al acercarse a la estación, escuchó el chirrido de los frenos de un tren acercándose a la parada. Subió las escaleras de tres en tres —había estado en el equipo de atletismo del instituto y todavía mantenía un buen ritmo— y cruzó las puertas correderas en el último momento. Se dejó caer en el asiento sintiéndose victorioso y, mientras se desabrochaba el abrigo y esperaba a que las gafas se le desempañaran, se preguntó por qué le había entrado esa prisa. Era sábado y no tenía planes. Mientras el tren cogía velocidad y el conductor anunciaba la siguiente parada, se recordó a sí mismo poner el lunes por la mañana un Post-it en el ordenador que dijera: «Vive la vida».